

Manuel Villa

Mala elección para Calderón

Como en México no se ha superado el presidencialismo, a pesar de las muchas reformas políticas y la alternancia, en esta elección intermedia se vuelve a lo mismo: el gran apostador es el presidente de la República; puede ser el gran ganador o el gran derrotado.

Dado el poco entusiasmo que han levantado el proceso y las campañas, y el mucho ruido que han hecho las polémicas alternativas como anular el voto o votar en blanco, una conclusión cae como plomada: lo que no genera interés es el desempeño de Felipe Calderón. Dicho de otra manera, si el electorado, al menos una proporción sustancial, viera que de su voto depende impulsar lo que de bueno ha hecho el gobierno, ahí estaría un centro de atención y de involucramiento. No es así. ¿Qué puede impulsar el elector con su voto? Hasta ahora, nada.

En este vacío de programa, proyecto y gestión de la presidencia, los partidos han pasado a primer plano y, como éstos no tienen nada relevante que ofrecer, la opinión pública se ha atomizado y la elección no pasa de ser un costosísimo trámite, fenómeno mediático mantenido artificialmente con carretadas de dinero y exceso de protagonismo y exhibicionismo. Para constatarlo, ahí está la penosa, bochornosa presencia de Vicente Fox, abusando con la mayor facilidad del vacío de liderazgo pues, para él, la majadería es el mensaje.

Felipe Calderón está siendo víctima de su ineficiencia y, sobre todo, de sus limitaciones para darle a la acción gubernamental y a la política un nivel superior. Es decir, su incapacidad para agregar intereses, integrando un equipo de hombres y mujeres con destreza en la gestión, en vez de un cerrado grupo de amigos bus-

cando el usufructo de corto plazo; como consecuencia de esto, la negligencia para establecer nexos con los ciudadanos y motivar su involucramiento con la acción gubernamental, en vez de un protagonismo mediático que lo único que ha ofrecido es respuesta publicitaria ante los desafíos del día.

Tal parece que Calderón y su selecto grupo, encerrados en la torre de marfil de Los Pinos, sólo esperan el revés o el desaguisado del día para lanzar la campaña mediática que haga olvidar el del día anterior y los exhiba como los supereficiencias del momento, con gran júbilo para noticieros y cazanovedades.

Como consecuencia, su segunda elección importante se anuncia como la primera, la presidencial de 2006; si entonces Calderón ganó por una nariz —y chata— a López Obrador, lo más posible es que ahora gane por una naricita a los ciudadanos que, o bien no saldrán a votar o van a tomar otras opciones al no sentir los motivos de entusiasmo para dar su apoyo al PAN, con un costo mayor.

El jefe del Ejecutivo no sólo tendrá que enfrentar un resultado magro en términos de agregación de intereses y compromisos sino que ese resultado rendirá en favor de la dispersión del poder. La razón es simple: los principales hacedores de esta elección son los gobernadores. Empeñados en sacar el mayor provecho, la

mayoría ya obtuvo la primera ganancia: colocar tantos candidatos afines a él como le fue posible. Las dirigencias partidarias nada pueden hacer frente a este poder, principalmente la del PRI. Esto conlleva dos consecuencias nefastas: una, los jefes de fracción parlamentaria estarán sujetos a negociaciones muy complicadas; dos, al presidente de la República de poco le valdrá negociar con jefes de partidos y jefes de diputados. Los gobernadores tendrán un número significativo de diputados bajo su mando.

Lo que Felipe Calderón no advirtió es que, en una elección intermedia, el partido gobernante tiene que tomar la iniciativa, el programa y los compromisos. Así, el ciudadano tiene una primera razón para sentirse convocado a votar y los partidos opositores tienen, a su vez, un incentivo para oponer razones, propósitos, alternativas y compromisos al programa presidencial. En consecuencia, las campañas cobran contenido y pueden ganar relevancia, el ciudadano tiene criterios para discernir y parámetros para evaluar el desempeño.

No hay que equivocarse: en la elección intermedia los compromisos los pone el presidente y, si no lo hace, no hay compromisos, sólo hay dispersión y desencanto ciudadano. ☒

manuelvillaa@hotmail.com

Político-consultor

